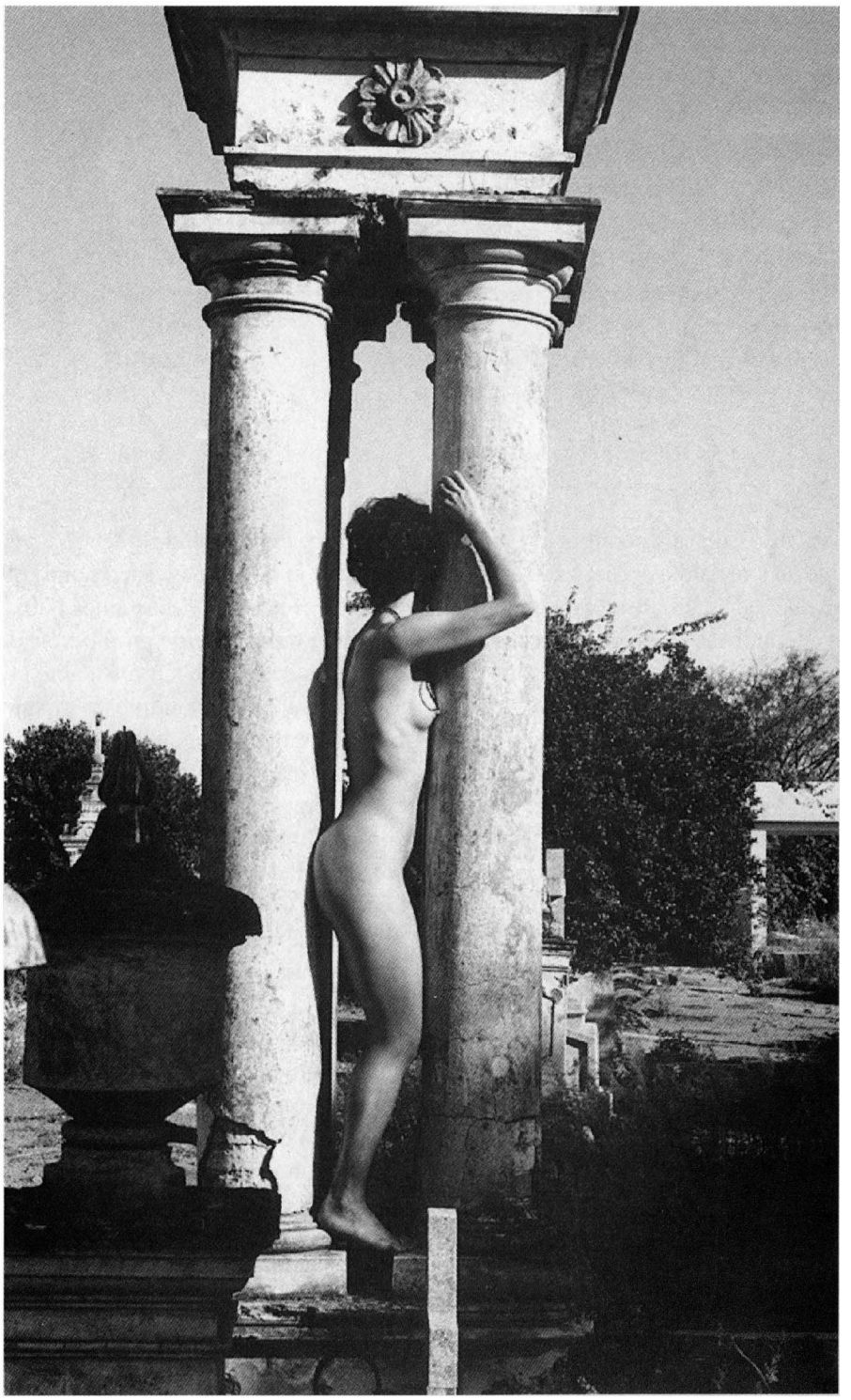
♦♦♦



El plan

Nadia Contreras

♦♦♦

¡Santo Dios!, dijo Luis, al encontrar sin vida en el interior de un lote baldío el cuerpo de una persona. ¿Pues qué hacías allí?, le preguntó su mujer, cuando regresó tembloroso, aún con el Jesús en la boca. Pues nada, sólo me asomé. Sí, cómo no, contestó a manera de reclamo, Elvia, quien compartía con él más de media vida de matrimonio.

Luis se quedó callado y pensó en las consecuencias que podrían venir, las investigaciones en su contra y además aquella historia que pertenecía al pasado. Su familia no tenía por qué enterarse del hijo que tuvo con La Güera, casi veinte años atrás, cuando el sueño americano lo llevó a trabajar en aquel centro nocturno de quinta categoría.

Después de casi dos horas de reflexión concluyó que lo mejor era dar aviso a la policía y asumir las consecuencias como vinieran. No quería arriesgarse, así es que pausadamente levantó la bocina del teléfono y marcó cada número.

Llovió a primera hora de la tarde. Aún así la gente no había dejado de moverse como un pequeño monstruo en el instante de abrir los ojos. Minutos antes las calles se inundaron de muchachos de la secundaria vespertina, por lo tanto, había risas y gritos.

A pesar de ese pequeño mundo del demonio, pudo ver el taxi que segundos después se paró frente a él, y no por azar del destino, sino porque así lo tenía planeado. ¿A dónde lo llevo?, preguntó el chofer, mientras el hombre de sacó negro que se acomodaba en el asiento y días antes había recibido los primeros treinta y cinco mil pesos, dejaba que las imágenes desfilaran sin prisa ante sus ojos.

Fue entonces cuando este mismo hombre recordó que llegó a la ciudad teniendo apenas doce años. Desde muy niño su familia descubrió en él ciertos dotes de escritor y aunque no lo apoyaron como él hubiese querido, le dieron sí libertad plena. Mas en ese momento estaba ahí, en el taxi número trece de la Colonia Londres, a las siete y diez, como según estaba escrito en el plan.

A lo largo del camino se olvidó de todo, incluso, hasta del asunto que tenía pendiente. La ciudad estaba lejos y faltaban más de veinte minutos para dar el siguiente paso.

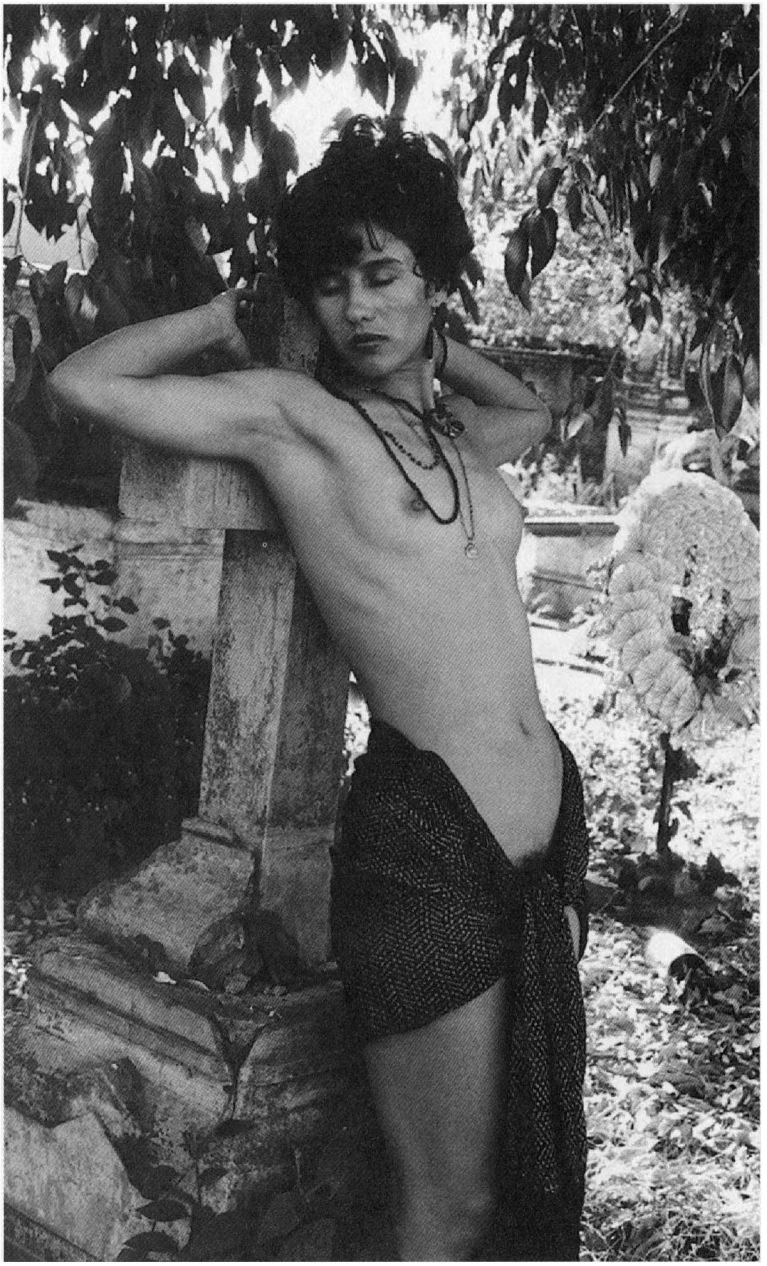
¿Me lo puedo llevar?, preguntó el taxista, señalando a quien estaba parado en mitad de la carretera con un bote de plástico en la mano. En el auto, el hombre explicó que su vehículo se quedó sin gasolina y estaba preocupado, ya que su esposa lo esperaba en el poblado siguiente.

En la radio las noticias eran las mismas. La política exterior, los tratados de libre comercio a lo largo y ancho del mundo, las promesas no cumplidas. Aún así, para el hombre de saco negro la vida era otra. Un día antes invirtió su tiempo, no frente a la má-

♦♦♦

quina de escribir que nunca lo llevó a concluir palabra alguna, sino en comprarse lo que ahora llevaba puesto, abrir por vez primera una cuenta en el banco y llegar a casa con una botella de vino.

Quince minutos después la gasolinera estaba cerca y el hombre que dejó su automóvil kilómetros atrás miró por fin a su acompañante, quien respondió cómplice, con un gesto. Después de un breve forcejeo el punto número dos del plan concluyó; el tres consistía en regresar a la ciudad y dejar el cuerpo en el lugar acordado.



La llamada lo sorprendió en su oficina. Era muy pronto aún. Sin más entusiasmo que la propia inercia, se levantó pesadamente del asiento de los últimos quince años. ¿Quién denunció el hecho?, pregunto con voz enérgica: ¡Un tal Luis Flores, comandante!

Horas después, Luis declaraba ante su abogado defensor que nada tenía qué ver en el asunto, que sólo encontró el cuerpo y avisó. Yo ni siquiera lo conozco, agregó, cuando su nombre se escribía en la lista de sospechosos. Tres días después apareció el taxi y esclarecido, por lo tanto, el móvil del asesinato.

De acuerdo con el reporte, el occiso pertenecía a cierto grupo narcotraficante que operaba al interior de la ciudad. Fuentes extraoficiales revelaron que ese día el taxista se negó a llevar cierto encargo y pidió que lo dejaran en paz, por lo que se presume, le dieron muerte. Luis, salió libre bajo fianza, aun así puesto a disposición del Ministerio Público para investigaciones futuras.

Atrás quedó el verdadero Roberto Marín Carmona, quien en los últimos años dedicó cuerpo y alma para esclarecer el asesinato de su padre, luchador social de su tiempo. Sin embargo, el plan había sido todo un éxito. ♦